

ADRIANO MOREIRA: *Portugal e o artigo 73 da Carta das Nações Unidas*. Revista do Gabinete de Estudos Ultramarinos, 1 vol. de 138 páginas, Lisboa, 1957.

Es natural que Portugal, país dotado de espléndidas aptitudes y tradiciones ultramarinas que no son, como en el caso de España, un glorioso recuerdo, sino una importante realidad, publique obras excelentes que se enfrenten con los problemas que plantea la evolución del llamado antes mundo colonial, objeto cada vez de mayores atenciones e intrusiones internacionales. Recordamos a este respecto la magnífica obra del Prof. Marcelo Caetano *Portugal e o Direito Colonial Internacional*, aparecido cuando el país hermano no pensaba en ingresar en la O. N. U. Complemento de ella es esta excelente *informação de serviço* que vale más que muchas monografías coetáneas y cuyo tema no es sólo importante doctrinariamente y en general, sino concreta y prácticamente para los españoles, porque el problema a que se refiere afectaba de modo específico a portugueses y españoles con ocasión de su ingreso en la O. N. U. y porque nuestra postura ante aquél fué coincidente con la portuguesa y, para decirlo todo, un tanto seguidora de las iniciativas lusitanas, dada la menor especialización que nos parece apreciar entre nosotros sobre la cuestión, quizás por la circunstancia de ser mucho menores, en el aspecto material, nuestros intereses ultramarinos. Portugal los tiene muy considerables, representados por las ocho provincias lusitanas de Ultramar, dos de dimensiones subcontinentales, y tres amenazadas por los nuevos imperialismos asiáticos que por una irrisoria contradicción se alinean entre las fuerzas «anticolonialistas» en la O. N. U.

Nuestros lectores conocen las sucesivas y ampliatorias interpretaciones que se han venido dando por la mayoría «anticolonialista» de la Asamblea General de la O. N. U. al art. 73, ciertamente vago, pero

no elástico. Que los propios ampliadores —entre los que hay países como la U. R. S. S. y la India muy poco piadosos con sus minorías alógenas selvícolas o tribales— no están muy seguros en la base de partida de sus esfuerzos, lo revelan las tentativas de definición, de los países y pueblos dependientes (*non self-governings*) según lista anexa al acuerdo de la IV Comisión en la 325 Sesión de 1953, aprobada por Resolución 742 (VIII) el 27 de noviembre de dicho año: término momentáneo de una evolución iniciada en la Resolución 334 (IV) de 2 de diciembre de 1949, seguida en la 567 (VI) de 18 de enero de 1952 y que no dejó de ofrecer zig-zags y aun contradicciones (compárense los casos de la Océanía y América francesas, Puerto Rico y Groenlandia), con las primeras resoluciones sobre Surinam.

En realidad, la Asamblea es un cuerpo político de miembros apasionados e inexpertos en parte, y calculadores e hipócritas en otra. Ya los delegados belgas Pickmans y Orts demostraron lo unilateral de la exclusión de ciertos pueblos aborígenes de la fiscalización creada al ampliar los fines del art. 73. Ahora, con su acreditada maestría, Moreira prueba que el art. 73 se armoniza mal con el respeto a la competencia constitucional de los Estados unitarios repartidos entre los mares (caso portugués) a los que no se debe aplicar, como tampoco puede desconocer esa competencia doméstica. Una maniobra para que la subcomisión *ad hoc*, encargada de estudiar los informes del art. 73 de la Carta se transforme en órgano juzgador de esos informes fué cortada en su trayectoria, encaminada a crear un Comité especial encargado del caso de los «nuevos miembros» (Portugal y España). Pero no obtuvo los 2/3 legales en la Asamblea (20 de febrero de 1957). No obstante, como el autor señala, los «anticolonialistas» han de volver sobre la cuestión en el futuro, lo que obliga a los interesados a no dormirse: Portugal no lo hace, por supuesto.

El libro lleva un apéndice al acta —en francés— de la sesión de la Asamblea General del 20 de febrero mencionada y los proyectos sobre enseñanza en los territorios no autónomos, cese de informaciones, examen de ellas y progresos realizados. España figuró entre los patrocinadores de alguna de esas resoluciones referentes a la enseñanza.

La obra es muy sustanciosa y útil. A los estudiosos en la materia les resulta fundamental su manejo. Felicitamos a su autor y nos feli-

citamos de pasada de coincidir con tan docta figura como es el profesor Moreira sobre cuestión tan propicia a las dificultades como la expuesta.

J. M. C. T.

JULIO CARO BAROJA: *Estudios saharianos*. Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1955.

La antropología social es una ciencia bastante moderna en el mundo y que en nuestro país ha tenido hasta ahora escasos cultivadores. Julio Caro Baroja es un antropólogo social con una comprensión exacta de su cometido y con una preparación envidiable en su especialidad; uno de los pocos, poquísimos hombres que hay en España capaces de emprender con completo éxito la enorme tarea de estudiar en todos sus aspectos y penetrar hasta en las últimas consecuencias de todo ese enorme complejo de factores diversos que, relacionados y encadenados entre sí, constituyen lo que llamamos cultura de un pueblo o grupo extenso de hombres.

La primera cosa que sorprende al emprender el estudio de este libro es que, según el autor mismo nos confiesa en una Introducción General al mismo, cuando le fué encargada la misión de realizar estos estudios en el Sahara por el señor Director General de Marruecos y Colonias, el señor Caro Baroja no tenía ninguna preparación especializada en la materia.

Pero, como él mismo nos dice, si bien es imposible improvisar en poco tiempo a un arabista, igualmente es imposible improvisar un antropólogo, y dado que en España no existe ninguna persona que reúna ambas especialidades, el autor aceptó tomar sobre sí esta misión no sin prevenirnos de sus limitaciones en algún aspecto de las materias a estudiar.

Desde este punto de vista es verdaderamente extraordinario comprobar la maravillosa, por lo extensa y por lo profunda, preparación que el señor Caro Baroja logró obtener en brevísimo espacio de tiempo, y esto no sólo en materias referentes a la zona geográfica del Sahara en particular, sino al Islamismo en general hasta resultar patente en este libro que su autor ha comprendido y profundizado en lo fundamental de la cultura islámica como pocos especialistas en la ma-

teria lo habían logrado antes. Esta tarea sólo pudo llevarla a término con tal rapidez y eficiencia un verdadero erudito con vastísima comprensión de la cultura universal.

Los estudios sobre el Sahara en España tenían escasos, aunque beneméritos, antecedentes. Pero el señor Caro Baroja, con clara conciencia de lo que es esencial al trabajo científico, nos demuestra que, aunque ha estudiado y contado en todo momento con lo estudiado por otros, sus opiniones están siempre basadas en observaciones personales, comprobados todos los datos y jamás dado por asentado un principio hasta que no lo ha comprobado personalmente.

El viaje del señor Caro Baroja, con su compañero señor Molina, duró unos cuatro meses, durante los cuales la actividad de ambos hombres, como viajeros, fué enorme. Recorrieron extensas áreas y, de manera condensada por la falta de tiempo, procuraron llevar la vida de los nómadas, permaneciendo en sus campamentos móviles la mayor parte del tiempo y aceptando las invitaciones de los «chiuj».

Durante este tiempo, el señor Caro Baroja desarrolla una labor gigantesca procurando reunir datos de las personas directamente informadas, la mayoría de estos datos tomados de los mismos nómadas saharianos: cuando no, procediendo de las autoridades españolas de larga permanencia en aquellas tierras.

La vida de los nómadas saharianos aparece aquí expuesta en todos sus aspectos y matices; sus diversas estructuras social, económica, religiosa, política, etc. y en cada uno de estos aspectos estudiado el entronque con tradiciones y estructuras espirituales.

El autor no se limita a exponer aisladamente los hechos comprobables, sino que su penetración va más allá y continuamente aparecen sus comentarios personales sobre realidades fundamentales del estado de vida actual en el Sahara, tales como la crisis creada por la reinvención de valores que ha provocado la penetración europea o los problemas económicos surgidos por la supresión del antes habitual Estado de continua guerra. Observaciones estas en las que brillan una claridad de concepciones y unas dotes de observación profundas. No obstante esto, el señor Caro sabe librarse del peligro, tan tentador en esta clase de trabajos, de fiarlo todo a la brillantez de la frase o a la descripción del colorismo de un vida exótica.

Y probablemente es de esta misma concreción y parquedad de donde se deriva la innegable elegancia del estilo que muchas veces nos

gana leyendo este libro; escenas como las de la brutalidad y saña en las guerras estando referidas como simples hechos no adjetivados, haciéndoles cumplir su misión de simples datos reflejadores del temperamento de una raza, derivado a su vez de unas determinadas condiciones de vida. El capítulo dedicado a la descripción de la vida y hechos del chej M̄a el Aainin y la pintura de Smara es un ejemplo perfecto de esta elegante parquedad en que se conjugan lo bello y lo utilitario; en que la belleza nace de la subordinación a la claridad del propósito.

Todo este trabajo está articulado en un plan que abarca en su simplicidad la multitud de aspectos a estudiar en un todo bien conjugado. No creemos que sea superable la perfección de este trabajo antropológico mientras los métodos técnicos con que se cuenten sean sólo los actuales.

No obstante, no hay más remedio que señalar en el libro la deficiencia de la transcripción de palabras en caracteres árabes. Ya el autor elude su responsabilidad en esta cuestión basándose en las dificultades surgidas tanto de la técnica de la impresión como de su propia incompatibilidad para hacer una debida corrección. Pero, sea como sea, es muy de lamentar este fallo que hace inutilizables para el especialista en la materia los datos que se intenta proporcionarle en la mayor parte de los casos.

FERNANDO ROBLES

GEORGES BALANDIER: *Sociologie actuelle de l'Afrique Noire. Dynamique des changements sociaux en Afrique centrale*; 510 páginas, 3 mapas; Bibliothèque de Sociologie Contemporaine, Presses Universitaires de France, París, 1955.

El Profesor Balandier, autor de tantos eminentes estudios acerca de la etnología y sociología del Africa negra, nos brinda en esta obra un ambicioso trabajo cuyo mérito debe recalcar. El subtítulo del volumen es sobremanera significativo: «Dinámica de los cambios sociales en el Africa central». Sintetiza el aspecto tratado, fundamentalmente, por el autor. De otro modo podría considerarse arriesgado el vincular toda una «sociología del Africa negra» a las directas, y profundas sugerencias que se extraen del estudio, tan sólo, de los Fang y los

Ba-Kongo, pese a la indiscutible importancia de ambos pueblos en el complejo étnicosocial negroafricano. Al circunscribirse, voluntariamente, el Profesor Balandier, al marco limitado del Africa central, el mérito de su obra se acrecienta, puesto que su experiencia personal permite presentar hechos e interpretaciones con plena objetividad. Pese a las múltiples investigaciones sugeridas por el Africa subsahariana en estos mismos temas —de los que existe una copiosa bibliografía— es lo cierto que resulta difícil tratar de polarizarlas en una obra de síntesis. La amplia diversidad del Continente y de sus pueblos prevalece ante todo intento de tal índole, por lo cual cabe dedicar mayor atención a los plausibles deseos de verificar síntesis parciales antes de realizar la empresa, de envergadura descomunal, de reducir a una sinopsis total cuanto de vario y sugerente encierra el mundo negroafricano. La actitud del Prof. Balandier es, por lo tanto, digna de la máxima simpatía al esbozar las etapas fundamentales y momentos característicos de la vida históricosocial de estos dos grupos étnicos ya citados. Los estudios relativos a los fenómenos de cambios sociales verificados en el seno de los países subdesarrollados, así como las investigaciones relativas a los fenómenos de «aculturación» son, actualmente, objeto de preferente atención por la transcendencia que implican, aparte de su valor científico, en el terreno de su aplicación política. Los pueblos elegidos por el Prof. Balandier para su estudio personal —durante los años de 1948 a 1951— son ciertamente simbólicos de un estado social característico del Africa de nuestros días. En ambos se advierte la influencia de la «trata» hasta época muy reciente, así como la influencia de una economía primaria. Junto a ambas características tenemos el contacto poderoso del Occidente y la acción evangelizadora. Circunstancias todas ellas que crean un definido ambiente de evolución social. No obstante, en sus íntimas estructuras, los Fang y Ba-Kongo presentan capitales diferencias. Por esto se comprende el valor que concede el autor a los contactos de ambas sociedades con la cultura europea y la atención que dedica a las reacciones de las sociedades indígenas ante un hecho de tal categoría. La situación colonial es la que explica los fenómenos ocurridos en el seno de las sociedades autóctonas. Las 32 páginas del primer capítulo están dedicadas a la exposición de esta «situación colonial» que tan amplio significado adquiere en el mundo africano puesto que actúa, según sus palabras, «como una prueba impuesta a ciertas sociedades o, si arriesgamos la

expresión, como una experiencia sociológica». El simple hecho de la toma de posesión de las regiones del interior provocó inmediatas incidencias económicas, modificando las relaciones de fuerza establecidas entre etnias y, por consiguiente, la orientación de los circuitos comerciales. Desde su origen, la política de conquista adopta el carácter de una competición económica o impone una transformación de la cual ciertos grupos étnicos se esfuerzan en sacar ventaja (pág. 51). Al propio tiempo las nuevas estructuras económicas suscitan la movilidad de las poblaciones, entre otras razones, por imponer la paz entre las tribus y facilitar las comunicaciones. Simultáneamente se aceleran los fenómenos de contacto, difusión y contaminación culturales. Aparte de estas causas que determinan los cambios sociales, que alcanzan al propio fundamento de las organizaciones tradicionales, actúan la acción política, cultural y religiosa con gran potencia en el sentido de transformar radicalmente las estructuras autóctonas para modernizarlas. La disgregación de la sociedad africana tradicional no podía dejar de suscitar hostiles reacciones, como las de los Ba-Yaka en 1906 o los innúmeros movimientos religiosos. Tan interesantes fenómenos quedan analizados con esmero por el Prof. Balandier en acertadas páginas —especialmente podemos citar el denso capítulo consagrado al «mesianismo» Ba-Kongo como «revelador»— por ser característicos de los cambios socioculturales registrados en numerosas sociedades negro-africanas.

A obra tan acertada, a nuestra juicio, son leves los reparos que cabe oponer. No obstante no queremos pasar por alto uno que afecta a nuestra condición de españoles. Si bien en el curso del volumen señala la proyección Fang en las provincias del Africa española, el repaso de la bibliografía aducida demuestra que para este trabajo han sido olvidadas importantes contribuciones de investigadores hispanos en la materia, cuyas conclusiones reflejan algunos matices diferenciales cuyo conocimiento hubiese sido sobremanaera útil.

JULIO COLA ALBERICH

TIBOR MENDE: *El Asia Sudoriental entre dos mundos*. (Volumen I, *Indonesia*; vol. II, *Pakistán*; vol. III, *Birmania*.) Traducción de García Espinosa de Cabón. Santiago de Chile, 1955. Editorial del Pacífico, S. A.

La expresión Asia del Sudeste designa, como se sabe, los países al sur del Trópico de Cáncer, entre la India y la China, a saber: la antigua Indochina francesa, Filipinas, Indonesia, Birmania, Malasia y Tailandia. Hasta la última guerra, la colonización (todos esos países, con excepción de Tailandia, eran colonias occidentales) había borrado el Asia del Sudeste de la discusión como igualmente de la realidad política. La ocupación japonesa en 1941, las guerras de independencia después de 1945, y la lucha desde entonces de las dos grandes potencias mundiales para llevarlos a su campo había atraído sobre estos países la atención internacional.

En el transcurso de estos últimos años, se han publicado numerosas obras —científicas o de vulgarización— sobre el Sudeste asiático. A mi juicio, la mejor obra científica es el estudio de geografía política, titulado *Southeast Asia*, de E. H. G. Dobby (University Press, Londres, 1951), y la mejor vulgarización es el reportaje de Tibor Mende, *L'Asie du Sud-Est entre deux mondes*, aparecido inicialmente en las Ediciones du Seuil, en París, en 1954, y de la cual la Editorial del Pacífico publica una edición española en tres volúmenes.

Tibor Mende ha conversado con las personas más diversas, jefes de Gobierno, líderes de la oposición, intelectuales occidentalizados, revolucionarios, monjes budistas, viejos campesinos javaneses o birmanos, etcétera. A la observación directa del periodista, el autor agrega una documentación bastante superior a la de los periodistas de paso (en la colección *Que sais-je?*, en 1951, ha escrito un librito atiborrado de cifras la *Sublevación del Asia*). Por supuesto, el autor aborda los problemas, a mi parecer, con un mínimo de prejuicios y de pasiones colonistas o anticolonistas, americanófilos o americanófobos, progresistas o tradicionalistas. Su testimonio es extremadamente digno de atención.

Claro que es un testimonio bastante negro. Tibor Mende, con miles de ejemplos, llama la atención sobre el nivel de vida bajísimo de las poblaciones del Asia del Sudeste. Algunas cifras pueden darnos rápida-

mente una idea de ello: la renta media de un americano en 1950 era de 554 dólares, y la de un indonesio de 22 dólares... Es muy fácil decir que el dinero no lo constituye todo en la vida, pero no hay duda, sin embargo, de que contribuye mucho a ella, pues la longevidad de un americano, en la misma época, era de sesenta y cuatro años, ¡y la de un indonesio de veintitrés!...

Esta miseria la originan múltiples factores: superpoblación, variaciones enormes de las cotizaciones exteriores, que afectan gravemente a los países que dependen de la exportación de uno o de dos productos solamente; la falta de equipamientos, distribución anti-económica de la riqueza. Ahora bien: no se ve con facilidad cómo podrían modificarse favorablemente estos factores de la miseria, teniendo en cuenta los hechos siguientes:

1.º La población del Asia del Sudeste aumenta en 1,5 por 100 por año, mucho más que la renta nacional.

2.º Las cotizaciones de los principales productos del Asia del Sudeste (arroz y caucho) están más amenazadas que nunca... Los precios del caucho de Malasia, de Indonesia, de Tailandia y de Cochinchina están a merced de un perfeccionamiento en la fabricación de caucho sintético. Las exportaciones de arroz —base de las economías de Birmania y de Tailandia— se verán terriblemente comprometidas en cuanto China haya aumentado bastante su producción para situar grandes cantidades en el mercado internacional (lo que ahora es ya cuestión de algunos años).

3.º Para equiparse rápidamente, el Asia del Sudeste debería invertir en bienes de equipamiento el 20 por 100 de su renta anual (que es lo que aconsejaron los expertos de la O. N. U. y lo que, en realidad, ha invertido China desde 1951); ahora bien: Asia invierte, término medio, menos del 4 por 100. Es indudable que disfruta de una ayuda extranjera (plan Colombo, programa del punto IV), pero son aportaciones mínimas. Tibor Mendes considera que en 1950 la ayuda extranjera no alcanzó al 1 por 100 de la renta anual del Asia del Sudeste (1).

---

(1) Esa cifra ha aumentado hoy considerablemente, pero incluso así, la ayuda sigue siendo insuficiente, sobre todo si se tiene en cuenta que la mayor parte no se destina al equipamiento, sino más bien a la compra de cereales para completar el déficit de las cosechas locales, ya a los planes de defensa regional, y también a los sueldos de los diversos *expertos* extranjeros.

4.º Por último, las condiciones sociales no están, ni mucho menos, en vías de mejorar. La mayor parte de los Gobiernos del Asia del Sudeste están ligados a las minorías de las clases ricas y no quieren o no pueden hacer nada serio para un reparto más razonable (desde el punto de vista de la producción tanto como del de la justicia) de la riqueza y especialmente de la tierra.

Para tener una probabilidad de hallar una solución, es preciso, en primer término, plantear el problema con toda claridad. Según demuestra Tibor Mende, la colonización ha destruído, con una necesidad racionalizada y sistemática, las estructuras religiosas, morales, políticas y económicas de las naciones del Sudeste asiático. Al día siguiente de la independencia, esas naciones se encuentran absolutamente fracasadas. No pueden volverse atrás... (No se va hacia atrás en el tiempo, no porque el tiempo signifique forzosamente progreso, sino porque el tiempo es irreversible.)

Sin embargo, el mayor mal que esas naciones tienen para modernizarse —esto es, para alcanzar el nivel económico, social y político de las potencias mundiales más prósperas— es que carecen de personal, no tienen capitales, ni tampoco el espíritu que condiciona la modernización. Tibor Mende demuestra que las potencias coloniales en el Asia del Sudeste habían llevado allí solamente un aparato de explotación, pero en modo alguno la *civilización* (técnica, política, social, etc.) que existe en Europa. La modernización que pudo llevar a aquellos territorios la colonización, tanto desde el punto de vista de sus beneficios como desde el de su control, siguió siendo algo extraño a las poblaciones incluso del Sudeste asiático. No sólo las masas indígenas no se beneficiaron en absoluto de la *modernización* económica de su país por los occidentales (cualquier campesino birmano o indonésico estaba en una condición material peor cuando se marcharon los ingleses o los holandeses que antes de su llegada), pero ni siquiera los propios dirigentes indígenas no disfrutaron jamás verdaderamente de esa *modernización*. Sin duda, hay buenos médicos siameses, notables ingenieros vietnamianos, excelentes agrónomos indonésicos; pero ni en Siam, ni en el Vietnam, ni en Indonesia existen capitalistas verdaderos. El espíritu particular que supone la economía capitalista, ese espíritu que constituye la fórmula final y el propio acicate de la civilización occidental moderna, permaneció como algo misterioso para las poblaciones del Sudeste asiático.

Los campesinos no pudieron entrar jamás en el juego —completamente extraño para ellos— de la competencia, juego que, no obstante, imponía a las aldeas más lejanas la economía occidental dominante en los grandes puertos comerciales de la región: Bangkok, Rangeon, Singapur, Saigón, Yakarta, Manila... Y de esa forma llegaron, poco a poco, ante un sistema económico que no lograban comprender a hundirse en una pasividad total y a convertirse en las víctimas indefensas de las minorías que estaban al corriente de las reglas del nuevo juego: prestamistas chinos, compañías comerciales occidentales, grandes propietarios indígenas... Pero esos mismos grandes propietarios indígenas y, en general, los indígenas ricos no son, por supuesto, capitalistas, en el sentido técnico del término, puesto que invierten su dinero en tierras de arrendamiento, en préstamos usuarios o en especulaciones auténticas, pero no en las *empresas* de equipamiento industrial o agrícola de que tanta necesidad tiene la región. El Asia del Sudeste aparece hundida en un juego cuyas reglas ni ella misma comprende.

Dicho de otra forma: el Asia del Sudeste, por sí sola, no está en condiciones de salir adelante. A los occidentales, que por una colonización estúpidamente ambiciosa han destruido las sociedades de aquellas regiones, es a quienes corresponde reconstruirlas. Y, como demuestra Tibor Mende, eso no es sólo un deber moral, es, sobre todo, una obligación práctica, pues si el Occidente no quiere reconstruir el Asia del Sudeste, la alternativa es que los comunistas se encargarán de hacerlo.

Las recomendaciones esenciales de Tibor Mende a las potencias occidentales (y particularmente a Norteamérica) son las siguientes (páginas 499 y sigs.):

I. Hablar menos de la salvación de la democracia a poblaciones que se mueren de hambre y que, de todas maneras, jamás han conocido la *democracia*.

II. Suprimir toda asistencia a los grupos de dirigentes antisociales, corrompidos y que nada representan, los cuales —aunque se titulan a sí propios feroces anticomunistas— son los mejores auxiliares de la revolución, y, por el contrario, otorgar una ayuda *incondicional* a los gobernantes sanos y dispuestos a llevar a cabo las reformas indispensables, quienes —incluso si en política exterior se

presentan como *neutrales* — son, en realidad, el único baluarte contra el comunismo.

III. No tratar de impulsar la empresa privada, para la cual el Asia del Sudeste no está preparada sino apoyar los ensayos de planificación de los gobernantes honrados.

IV. Aumentar *considerablemente* (¡ocho millones de dólares por año!) el volumen de ayuda a los países del Sudeste asiático.

Para Tibor Mende, la elección del Occidente se halla entre esta nueva política de generosidad —que costaría muy cara tanto a la bolsa como al amor propio del Occidente— y el paso del Asia del Sudeste al comunismo, que costaría aún mucho más caro. El Asia del Sudeste se encuentra entre dos mundos, y no precisamente, como previene Tibor Mende entre el mundo americano y el mundo comunista, sino entre la India neutral y la China comunista, que ambas a dos, mediante técnicas distintas, aspiran a alcanzar el nivel de vida occidental. El Asia del Sudeste no puede sobrevivir sin planificación. ¿Habrá de ser la planificación por la fuerza, bajo Mao Tse Tung, o la planificación por la persuasión, bajo Nehru? La planificación por la persuasión no puede lograrse sin una ayuda enorme e incondicional extranjera. Corresponde al Occidente escoger en cuanto al Sudeste asiático (o el Asia simplemente). Tibor Mende ve con claridad lo que significaría de paradójico para Norteamérica, por ejemplo, sostener en Asia a las fuerzas *neutralistas* (lo que resulta un poco simplista es considerar más especialmente bajo este aspecto la política extranjera), pero que, a su juicio, no hay en Asia, aparte de los comunistas —y, por tanto, frente al comunismo— otras fuerzas verdaderas que las fuerzas llamadas *neutralistas*..., las restantes fuerzas son falsas fuerzas, y querer apoyarse en ellas es apoyarse en el vacío.

«Es el colmo de la ironía histórica —escribe— que nos veamos obligados a ser generosos para sobrevivir. Y en esta poco agradable situación, la cuestión que debemos plantearnos a cada paso no es la de «¿es bueno para nosotros?», sino más bien: «¿Es para nosotros un mal menor la hostilidad activa de una cuarta parte de la Humanidad?» (Pág. 503.)

MARSI PARIBATRA

MARGARET READ: *Education and Social Change in Tropical Areas*,  
London, Nelson, 1955; 130 págs.

La profesora Read compila en este volumen nueve jugosos y diversos trabajos cuyo denominador común es el del título que le aplica. La autora, como antropólogo social, se ha especializado en los problemas educativos en las áreas tropicales, y en ellos ha adquirido indiscutible autoridad. Su experiencia lo acredita, puesto que habiéndose iniciado en el Instituto de Educación de la Universidad de Londres, ha pertenecido, a través de varios años, a la Comisión de Educación Superior del Africa Occidental, a la Comisión de Educación Femenina del Africa Central y ha sido consejero de Educación en Jamaica y Honduras británica. En los distintos capítulos interpreta en un amplio sentido el término «educación». En la mayoría de las áreas tropicales «subdesarrolladas» el proceso total de gobierno es fundamentalmente de educación, con lo que se crean las condiciones sociales básicas para el progreso de los pueblos. Estos han existido secularmente en el seno de una sociedad cultural tradicional y el impacto de los contactos con occidente les enfrenta a nuevas ideas, nuevos sistemas de vida y nuevos métodos de trabajo. Por esto, aun cuando la educación, como hace Miss Read, se interprete en amplio sentido, el especialista debe siempre dirigir su mirada al antropólogo social del que puede obtener provechosas indicaciones. «Es evidente que si un sistema educativo debe orientarse a facultar a los pueblos para su autonomía, debe entrenar a los futuros ciudadanos para cooperar a la producción de la mayor prosperidad en el territorio, en el campo de los servicios sociales y financieros y enfocarse a los planes para el desarrollo económico. Tal objetivo afectará a los planes educativos para alcanzar un alto nivel en que los técnicos de grado superior sean entrenados en ingeniería, agricultura y estudios forestales. Pero afectará, también, a los niveles más bajos en que se encuentra el hombre que aspira a ser granjero o minero» (pág. 27). Estas palabras de la profesora Read subrayan claramente el amplio sentido en que orienta su trabajo, considerando la educación como el origen de una vasta comunidad a escala no restringida. «La ciudadanía es problema tanto de práctica como de enseñanza». Por ello recalca el papel importante que en la esfera educativa pueden y deben

desempeñar las asociaciones culturales y las Comisiones de enseñanza. En cuanto al efecto de las ideas occidentales: «Es difícil aprehender el resultado de las renovadoras ideologías europeas en la educación de los pueblos coloniales»; pero esa dificultad no impide reconocer que no han perdido fe en su propia educación. Como han reconocido preeminentes africanos, entre ellos Sedar Senghor, toda forma cultural sugerida por la presencia occidental implica una mixtificación de las genuinas raigambres. Por esto se preconiza entre los intelectuales africanos el «retorno a las fuentes auténticas» tratándose de evitar que las influencias extrañas tracen un rumbo artificial. Esta potente tendencia, cuyo vigor no puede ignorarse, está reconocida por Miss Read cuando habla de que «existen dos corrientes divergentes respecto al lugar que debe ocupar la cultura indígena en el moderno sistema educativo. Una de ellas desea que el *evolucionado*, el hombre o mujer que ha abandonado todas las formas externas de su propia cultura y que vive según el patrón europeo, sea el producto de la educación escolar. La otra tendencia sostiene que deberían «desarrollarse y asimilarse los elementos capitales de la cultura indígena» (pág. 31). De esto se desprende, según la autora, la necesidad de una actitud tolerante hacia tales culturas, lo que encaja perfectamente en la moderna corriente etnológica que deniega la subestimación en que habían incurrido los primeros investigadores. Se detiene en el estudio del problema de las lenguas en la enseñanza. «La multiplicidad de las mismas y la imposibilidad de usarlas todas como instrumento de la educación moderna ha promovido la selección de las lenguas vernáculas a tales propósitos seleccionándose en algunas áreas el Hausa y el Swahili» (pág. 36). «La educación de los adultos se efectúa en las colonias en medio del fermento de los cambios sociales, entre el crecimiento de los gobiernos responsables en el centro y los gobiernos locales en otros territorios, y entre el fragor de la expansión agrícola e industrial y el desarrollo de nuevos niveles de vida y nuevas formas de actividad económica» (pág. 55). Estos profundos cambios que se operan en el mundo dependiente son, en nuestro sentir, los que dificultan la adopción de un plan uniforme de educación. Sería preciso el previo conocimiento, en todos sus detalles, de las formas que implica esa renovación para poder adoptar las soluciones más pertinentes. El estudio, en el aspecto educativo, de Miss Read, es profundo e irreprochable y hace gala de

la densa experiencia adquirida. No obstante, hallamos harto esquemáticos sus trabajos sobre «factores culturales y problemas de la nutrición» y el relativo a «salud y enfermedad» por juzgar que no dejan establecido en sus verdaderas proporciones el problema que tratan. Salvo este leve reparo, la obra de la profesora Read es de innegable valía.

JULIO COLA ALBERICH



# NOTICIA DE LIBROS

